

LA SEMÁNTICA DEL BIEN Y DEL MAL EN EL *LAZARILLO DE TORMES*

«La infinita posibilidad creativa del lenguaje radica más en la aptitud que tienen los miembros de un campo de invadir otros ajenos, produciendo así significaciones múltiples y autodesignativas, que en la fría y matemática recursividad, verdad teórica y mentira empírica».

(Ramón Trujillo, *Elementos de semántica lingüística*).

Las palabras que encabezan este artículo resumen lo que ha constituido nuestra experiencia más importante al acercarnos al análisis del léxico religioso del *Lazarillo* en nuestra Memoria de Licenciatura¹.

Es un hecho probado que el valor semántico de los elementos léxicos que configuran un mensaje no puede ser establecido sino teniendo en cuenta los contextos verbal y extraverbal. La advertencia parece ex-temporánea por obvia, pero se justifica a la luz del contexto crítico amazacotado en torno al *Lazarillo* y a su tono religioso².

Si aceptamos esta premisa, comprenderemos inmediatamente que el valor semántico de un término estará en función de:

- a) los semas virtuales que desarrolle en el contexto,
- b) las desviaciones operadas con respecto al valor semántico abstracto ofrecido por los repertorios léxicos.

Vamos a ejemplificar con el análisis de los dos subcampos semánticos más sugestivos y caracterizadores de la función que lo religioso adquiere en el *Lazarillo*: el subcampo semántico de las fuerzas del bien y el subcampo semántico de las fuerzas del mal.

¹ *El léxico religioso del Lazarillo: una revisión crítica*. (inédita). Dirigida por el Dr. Manuel Ariza. Universidad de Extremadura. Facultad de Filosofía y Letras. Cáceres, 1977.

² Véase como muestra el análisis de Alan Francis: *Picaresca, decadencia, historia*. Gredos. Madrid, 1978, pp. 23-24 y 76-78.

*Las fuerzas del bien***DIOS**

Se documenta en 75 ocasiones, que sistematizamos atendiendo al tipo de locución en que se inserta y a los matices que desarrolla en el contexto.

a) El grupo más numeroso de registros es el integrado por los contextos en los que la alusión a Dios va unida inequívocamente al beneficio que éste ha procurado a Lázaro y, en ocasiones, al escudero. Vamos a desglosar este apartado en una serie de subgrupos homogéneos que irán ejemplificados con una cita³.

- a. 1) «Pusímonos a comer, y *quiso Dios* que aun en esto me fue bien». (II, 119).
- a. 2) «Pensé que me quería reñir la tardanza, mas mejor *lo hizo Dios*». (III, 139).
- a. 3) «procura de ser bueno y *Dios te guíe*». (I, 96).
- a. 4) «Llegóse acaso a mi puerta un calderero, el cual yo creo que fue ángel enviado a mí por *la mano de Dios* en aquel hábito». (II, 118).
- a. 5) «di connigo en esta insigne ciudad de Toledo, adonde, con *la merced de Dios*, dende a quince días se me cerró la herida». (III, 129).
- a. 6) «*Plega a Dios* que no me muerda —decía yo—, que harto miedo le tengo». (II, 125).
- a. 7) «Púseme a un cabo del portal, y saqué unos pedazos de pan del seno, que me habían quedado de los de *por Dios*». (III, 133).
- a. 8) «Cuando no me cato, veo en figura de panes, como dicen, *la cara de Dios* dentro del arcaz». (II, 118).
- a. 9) «yendo la calle arriba (...), *dando infinitas gracias a Dios* que a mi amo había hecho con dinero, a deshora me vino al encuentro un muerto». (III, 145-146).
- a.10) «Porque *Dios le cegó* aquella hora *el entendimiento*». (I, 111).
- a.11) «Vime claramente ir a la sepultura, si *Dios* y mi saber no me *remediaran*». (II, 115).
- a.12) «Mas el mesmo *Dios*, que socorre a los afligidos, (...) *trujo a mi memoria un pequeño remedio*». (II, 120).
- a.13) «*Topóme Dios* con un escudero que iba por la calle». (III, 130).

El denominador común de estos pasajes es, aparte la función activa de las fuerzas del bien en favor de Lázaro, la deslexicalización de clichés que se prestan a sustentar la visión pragmática del protagonista.

³ Citamos siempre por la edición crítica de A. Blecua en Clásicos Castalia. Madrid, 1974, y según el esquema (tratado, página).

b) Más escasas son las alusiones a Dios que se integran en expresiones formularias cuyo grado de lexicalización no parece alterado.

- b.1) «y aunque algo hubiera, no podía cegalle, como hacía *al que Dios perdone* (si de aquella calabazada feneció)». (II, 115).
- b.2) «Sabrosísimo pan está (...), *por Dios*». (III, 133).
- b.3) «*Dios es testigo* que hoy día, cuando topo con alguno de su hábito con aquel paso y pompa, le he lástima». (III, 143).
- b.4) «Lázaro, de hoy más eres tuyo y no mío. Busca amo y *vete con Dios*». (II, 128).
- b.5) «¡*Oh, gran Dios*, quién estuviera aquella hora sepultado, que muerto ya lo estaba!». (I, 108).
- b.6) «Señor, mozo soy que no me fatigo mucho por comer, *bendito Dios*». (III, 132).
- b.7) «Desde que *Dios crió el mundo*, ninguno formó más astuto ni sagaz».

(NUESTRO) SEÑOR (DIOS)

Sistematizamos los registros de este lexema según los criterios utilizados en el artículo DIOS.

a) Alusiones a la divinidad beneficosa.

- a.1) «Unos decían: —*El Señor le socorra y valga*». (V, 163).
- a.2) «ellos veían clara la culpa del culpado, y la verdad y bondad suya, pues a su petición y venganza el *Señor no alargó el castigo*». (V, 163).
- a.3) «(el buldero) comienza una oración (...) suplicando a *Nuestro Señor* (...) que aquel encaminado por el demonio y persuadido de la muerte y pecado, *le quisiese perdonar y dar vida y salud*». (V, 164-165).
- a.4) «con todo mi corazón y buena voluntad rogaba al *Señor* (...) *que le llevase deste mundo*». (II, 116).
- a.5) «Pues estando en tal aflicción (cual, *plega al Señor librar della a todo fiel cristiano*) (...) llegóse acaso a mi puerta un calderero». (II, 117-118).

b) Lexicalizaciones.

- b.1) «*Oh Señor mío*, dije yo entonces. ¡A cuánta miseria y fortuna y desastres estamos puestos los nascidos (...)!» (II, 121).
- b.2) «¡*Bendito seáis Vos, Señor*, quedé yo diciendo, que dais la enfermedad y ponéis el remedio!». (III, 137).
- b.3) «*El Señor lo remedie*, que ya con este mal han de morir». (III, 143).
- b.4) «*Por Nuestro Señor*, cuanto ha que en ella vivo, gota de vino ni bocado de carne no he comido, ni he habido descanso alguno». (III, 145).

ESPÍRITU SANTO

Se registra a lo largo de todo el libro una sola alusión a esta fuerza del bien:

«Mas como no era tiempo de gastarlo en decir gracias, alumbrado por el *Espíritu Santo* le dije:» (II, 118).

El contexto en que se imbrica esta alusión al Espíritu Santo —Lázaro hostigado por el hambre— asegura su funcionalidad pragmática. La trascendencia del Espíritu Santo se limita en nuestra novela a favorecer a Lázaro en la solución del hambre.

ANGEL

Se documenta este lexema en dos ocasiones:

«llegóse acaso a mi puerta un calderero, el cual yo creo que fue *ángel* enviado a mí por la mano de Dios en aquel hábito». (II, 118).

«Vino el mísero de mi amo y quiso Dios no miró en la oblada quel *ángel* había llevado». (II, 119).

SAN JUAN

También este santo, como Dios, el Espíritu Santo y el ángel, soporta una terrenalización de sentido pragmático destinada a la solución de los más primarios problemas de Lázaro:

«Yo disimulaba, y en mi secreta oración y devociones y plegarias, decía: '*¡Sant Juan y ciégale!*'». (II, 119).

La constante presencia de las fuerzas del bien en la obra no obedece a una espiritualización de Lázaro, sino a la atracción al ámbito de lo material a que el pícaro las somete. Muy significativo es, a este respecto, que la aparición de estas fuerzas se convierta en abrumador predominio a lo largo de los tres primeros tratados, en los que Lázaro encuentra mayores problemas para la subsistencia.

Nos parece interesante destacar la ausencia total de referencias a Cristo y a la Virgen. Castro interpretó esta carencia como síntoma de hebraísmo⁴, mientras que M. J. Asensio se inclina «a ver un sentimiento semejante al que prevalece hoy en países protestantes, en los que el uso de tan sagrados nombres en la conversación ordinaria se considera de mal gusto, cuando no irreverente o blasfemo»⁵.

Esta última interpretación nos parece incoherente, pues Lázaro alu-

⁴ A. Castro: «El Lazarillo de Tormes», en *Hacia Cervantes*. Taurus. Madrid, 1967, pág. 155.

⁵ M. J. Asensio: «La intención religiosa del Lazarillo de Tormes y Juan de Valdés». *HR*, XXVII, 1959, pág. 92.

de constantemente a Dios en la obra y tal nombre es al menos tan sagrado como los de Cristo o la Virgen. En segundo lugar, el libro presenta abundantes ejemplos de blasfemias e irreverencias que nada tienen que envidiar a la por otra parte más sutil prevención contra la mención de Cristo y de la Virgen. Más aguda y coherente nos parece la opinión de Américo Castro, que no desechamos como hipótesis aunque nosotros preferimos, de acuerdo con la concepción primaria que muestra Lázaro, pensar en una tendencia a la atomización simplificadora de las fuerzas del bien. En este sentido, creemos que las alusiones a Cristo y a la Virgen no desempeñarían una función estructural delimitada, función a la que sí obedecen la presencia constante de Dios y la aparición del ángel.

En el aspecto lingüístico, hemos de destacar el hecho de que el material léxico que informa la concepción pragmática de lo religioso se estructura a partir de una serie de fórmulas que se someten a un proceso de deslexicalización, adquiriendo una básica importancia estructural, como ocurre en *Dios te guíe*, que deja de ser una mera fórmula de despedida para pasar a generar toda una concepción de Lázaro con respecto a Dios y a las otras fuerzas del bien.

Beinhauer ha destacado que las alusiones a Dios y a los santos en español no suelen ser invocaciones afectivas conscientes, sino más bien «expresiones reflejas, puesto que el hablante piensa en cualquier cosa antes que en los seres sobrenaturales cuyo nombre pronuncia»⁶. Esta cita nos da pie para realizar un contraste con el material del *Lazarillo*, pues a partir de ella podemos calibrar la importancia básica de las deslexicalizaciones registradas en la obra, claves de la imagen que Lázaro tiene de la divinidad.

Si acudimos al vocabulario de Lope, observaremos a primera vista un abrumador predominio de lexicalizaciones, incluso en fórmulas que se podrían prestar fácilmente al desarrollo de matices pragmáticos⁷.

Estos usos lexicalizados, en su contraste con los datos del *Lazarillo*, resaltan la motivación específica de las deslexicalizaciones, que adquieren así una importante función caracterizadora de toda una concepción religiosa. Y es que, como ha apuntado Stephen Ullmann, «la motivación morfológica y semántica es hasta cierto punto una cuestión subjetiva. Un escritor interesado por las palabras, sensible a sus matices e implicaciones y familiarizado con su historia, apreciará mejor su derivación que un hombre no sofisticado. Podría, incluso, revitalizarlas devolviéndolas a sus orígenes etimológicos. Esto puede hacerse o bien por un comentario explícito o bien implícitamente, colocando la palabra en un contexto que revele de repente su fondo escondido»⁸.

Como hemos visto, el autor del *Lazarillo* suele recurrir a este último procedimiento de deslexicalización, a la solución implícita.

Por su parte, Tullio de Mauro, tras contemplar la importancia de una doble semántica, basada en la dicotomía saussureana lengua/habla,

⁶ Werner Beinhauer: *El español coloquial*. Gredos. Madrid, 1968, pág. 95.

⁷ Vid. Carlos Fernández Gómez: *Vocabulario completo de Lope de Vega*. 3 tomos. Madrid, 1971, s. v. DIOS.

⁸ Stephen Ullmann: *Semántica. Introducción a la ciencia del significado*. Aguilar. Madrid, 1970, pág. 113.

ha señalado que tal bifurcación «obliga a realizar un estudio de las condiciones psicológicas en las que se efectúa nuestro hablar»⁹.

Desde este punto de vista, creemos haber encontrado la clave de las deslexicalizaciones en la caracterización que Mary Morse ha realizado del desarraigado: «Las vidas de estos jóvenes estaban regidas por una filosofía utilitaria directa»¹⁰. En efecto, el utilitarismo es la nota básica caracterizadora de la filosofía vital de Lázaro, utilitarismo que inunda también, por extensión, su idea de lo religioso.

Por eso, están fuera de la realidad afirmaciones como la siguiente: «Lázaro mantiene a lo largo de los tres primeros tratados un apasionado soliloquio con Dios del que deriva fuerzas y consuelo»¹¹. O como esta otra: «El nombre de Dios se usa con reverencia»¹².

Las fuerzas del mal

DEMONIO

Dejando de lado los pasajes en los que este lexema aparece en boca del ciego, del buldero o del alguacil, que habría que analizar en un examen específico de los idiolectos, el *demonio* es aludido en una sola ocasión por Lázaro:

«Púsome el *demonio* el aparejo delante de los ojos». (I, 106).

Vemos que este lexema está prácticamente desprovisto de carga religiosa, quedando relegado a cumplir una función de mero provocador de la desgracia de Lázaro, manteniéndose de algún modo la oposición fuerzas del bien/fuerzas del mal, si bien con los matices comentados más arriba.

El sistema de reglas semánticas que informa la ideología de Lázaro se nos aparece así como plenamente coherente. Lo que ocurre es que la oposición metafísica fuerzas del bien / fuerzas del mal se descarga de este sentido trascendente para concretarse en función del bien (material) y del mal (material) de Lázaro.

DIABLO

Analizando este otro término del subcampo semántico «fuerzas del mal», la contraposición se hará más patente, transvasándose, incluso, al funcionamiento de elementos léxicos. Veamos algunos casos:

⁹ Tullio de Mauro: *Senso e significato. Studi di semantica teorica e storica*. Bari, 1971, pág. 23.

¹⁰ Mary Morse: *The Unattached*. Pelikan Books. London, 1965, pág. 76.

¹¹ F. Márquez Villanueva: «La actitud espiritual del Lazarillo de Tormes», en *Estudios sobre la espiritualidad española en el siglo XVI*. Alfaguara. Madrid, 1968, pág. 70.

¹² A. Castro; art. cit., pág. 154.

- «diome una gran calabazada en *el diablo del toro*». (I, 96).
 «*el diablo del enjalma* maldita la cosa tenía dentro de sí». (III, 134).
 «Y cuando alguno de éstos escapaba (Dios me lo perdone), que mil veces *le daba al diablo*». (II, 116-117).
 «Estaba *dado al diablo* con aquello», (V, 160).

En I, 96 y III, 134, 'diablo' forma parte de construcciones nominales que no son sino una variedad del genitivo aposicional latino¹³.

Las otras dos citas también forman parte de una locución lexicalizada, descargada por completo de sentido religioso.

La contraposición fuerzas del bien / fuerzas del mal, descargada en un principio de contenido religioso, mantiene, pues, su virtualidad a partir de una doble desviación:

- a) Por un lado, Lázaro terrenaliza los entes sobrenaturales mediante la interposición de sus intereses personales. Lo moral y abstracto se hace así material y concreto en virtud de las necesidades primarias del pícaro.
- b) Pero no es sólo esto. El funcionamiento léxico de las fuerzas del bien y de las fuerzas del mal demuestra la persistencia de tal contraposición. Los elementos léxicos alusivos a las primeras suelen ser afectados por deslexicalizaciones contextuales, mientras que las fuerzas del mal aparecen en fórmulas cuyo grado de lexicalización no cabe poner en entredicho.

Parece como si se pretendiera una desactivación lingüística del perjuicio (*demonio-diablo*), frente al sentido fuertemente activo que predomina en el beneficio (*Dios-Espíritu Santo-ángel,-San Juan*).

El maniqueísmo religioso se mantiene, pues, adecuado a la mentalidad y a la circunstancia particular de Lázaro.

A la hora de buscar una explicación global que resuma y contemple de un modo unitario la concepción religiosa que preside estas alusiones, nos parece muy interesante retomar las conclusiones a las que llegó Malinowski estudiando las lenguas de pueblos primitivos¹⁴.

Señala este antropólogo que en las lenguas de los pueblos primitivos la estructura del material lingüístico «está inextricablemente mezclada con el curso de la actividad en que se hallan encajadas las expresiones, y depende de él en forma inseparable»¹⁵.

Creemos que esto es perfectamente válido para explicar la función que asumen las referencias a las fuerzas del bien y a las fuerzas del mal en el *Lazarillo*. Tengamos en cuenta además que en estas lenguas las pa-

¹³ R. Lapesa: «Sobre las construcciones 'el diablo del toro', 'el bueno de Minaya', '¡Ay de mí!', '¡pobre de Juan!', 'por malos de mis pecados'. *Filología*, 1-2, 1962, pp. 169-184.

¹⁴ B. Malinowski: «El problema del significado en las lenguas primitivas», en *El significado del significado*, de Ogden y Richards. Buenos Aires, 1964, pp. 312-360.

¹⁵ *Ibidem*, pág. 360.

labras «llegan también a ser usadas bajo la presión de situaciones penosas o intensas emociones»¹⁶.

Malinowski amplía su campo de estudio al análisis de la lengua del niño, que, «desvalido en sí mismo e incapaz de enfrentar las dificultades y peligros del comienzo de su vida, está rodeado de providencias muy completas para el cuidado y la asistencia (...). Cuando desea comida o un objeto o cuando desea eliminar alguna cosa o situación incómoda, su único medio de acción consiste en gritar, y éste resulta para el niño un medio muy eficaz de acción»¹⁷.

Si partimos del hecho de que la mayor riqueza cualitativa y cuantitativa de las alusiones pragmáticas se encuentra en los tres primeros tratados, es decir, en su período de aprendizaje y penuria, podemos pensar que la situación de Lázaro —mentalidad elemental siempre asociada a un primario impulso por subsistir— es muy semejante a la del niño desvalido, cuya experiencia deja en su mente «la profunda impresión de que un nombre tiene poder sobre la persona o cosa que significa»¹⁸.

Este sentido activo es el que rige las intervenciones de Lázaro invocando la ayuda de las fuerzas del bien, que parecen sufrir en su mente de un proceso de metaforización según el cual Dios es reconocido en cada situación favorable y las fuerzas del mal en cada circunstancia nociva. Y es que, como ha señalado Wardropper, Lázaro, que mantiene una interpretación materialista de lo bueno, «tergiversa su noción de la providencia en razón directa con la perversión de su idea de lo bueno»¹⁹.

SANTOS DOMÍNGUEZ RAMOS

¹⁶ *Ibidem*, pág. 340.

¹⁷ *Ibidem*, pp. 340-341.

¹⁸ *Ibidem*, pág. 341.

¹⁹ Bruce W. Wardropper: «El trastorno de la moral en el Lazarillo». *NRFH*, XV, 1961, pág. 443, nota 5.

Vid. también A. del Monte: *Itinerario de la novela picaresca española*. Lumen, Barcelona, 1971, pág. 49. A parecidas conclusiones llega V. García de la Concha en su reciente *Nueva lectura del Lazarillo*, Castalia, Madrid, 1981, en especial, pp. 155-161.

Un análisis de esta degradación, ampliada a otros campos, puede verse en J. Rodríguez Puértolas: «Lazarillo de Tormes o la desmitificación del Imperio», en *Literatura, Historia, Alienación*. Labor, Barcelona, 1976, pp. 173-199.